

Marianne North y Tenerife

Nicolás González Lemus

El 13 de enero de 1875, la pintora inglesa Marianne North llegó a la isla de Tenerife. La abandonó el 29 de abril. El 15 de abril del 2000, los Jardines de Sitio Litre en colabora-



Marianne North.

ción con los municipios del norte celebraron el 125 Aniversario de su visita. ¿Quién era Marianne North?. ¿Por qué vino a Tenerife?.

En Gran Bretaña existía una larga tradición viajera. Los británicos se lanzaron al mar desde los albores del siglo XVI y desde entonces el viaje no se había interrumpido. Como consecuencia de esta tradición, «el viaje era una parte integrante de la vida doméstica de muchos británicos». No obstante, había sido una actividad exclusiva del hombre. Pero dado que Gran Bretaña fue la cuna del liberalismo político y el “feminismo” propiamente dicho, era de esperar que algunas mujeres aparecieran en la escena del mundo de los viajes. No obstante, aún eran casos excepcionales.

Pero a partir del último cuarto de siglo XIX, la aventura de viajar, que hasta entonces parecía exclusivo de los hombres, es asumida por las mujeres de la clase media y en menor medida por la alta. El viaje femenino en este siglo, salvo raras excepciones, no estaba relacionado con el reconocimiento público o prestigio de quienes lo realizaban, como sucedía en los hombres. El viaje era un gesto individual de las jóvenes *ladies* de la pequeña burguesía británica que, como dice Dorothy Middleton, estaban destinadas a ser puras amas de casa, cuidando de sus parientes mayores enfermos, haciendo croché, o asistiendo a las fiestas de té. Jóvenes que habían sido educadas para cumplir con el ideal de sumisión femenina, de obligación con la pro-

moción y devoción a la religión, tal como había dictado la rígida moral puritana y victoriana. Por lo tanto, para combatir la reclusión de su vida social en familia, sintieron la necesidad de una salida intelectual y emocional. No se trataba de una huida física del ambiente hogareño, sino de ganar un espacio que sólo había pertenecido al mundo del hombre a lo largo de los siglos. Este espacio lo ocupó, con mayor fuerza que otros deseos, el entusiasmo por el viaje. Supuso el deseo ansioso «de degustar la novedad y el placer que suponía verse libre de los deberes y trabajos duros de la casa que diariamente les habían sido encomendados». Ahora bien, si los viajes suponían salir de esos espacios que habían sido destinados para ellas, su alto grado de moralidad les impedían abandonar los deberes de su domicilio para lograr su objetivo. Eran conscientes de que el hogar era el lugar de sus responsabilidades.

Además de las influencias ideológicas, políticas, económicas y sociales que favorecieron el desarrollo del viaje en las mujeres, una de las razones fundamentales del deseo por el viaje en ellas fue la creciente atmósfera de exotividad que se vivía en las casas victorianas de la burguesía británica. El cambio económico que se estaba operando desde los albores de la Revolución Industrial propicia un ambiente hogareño donde el orientalismo lo envolvía todo. Muchos de sus familiares estaban relacionados, directa o indirectamente, con la expansión del Imperio británico en Oriente y África. Los viajeros y comerciantes que visitaban esas lejanas tierras, a su regreso a casa, además de traer objetos exóticos, contaban historias de sus misteriosas costumbres, las curiosidades de esos pueblos y las maravillas exóticas de los lugares. Sus casas se abarrotaron con objetos de decoración del lejano Oriente. Con el éxito de Japón y China en la Exposición Universal de Londres en 1850 y el intercambio comercial con Oriente y la costa occidental de África, tales objetos rápidamente se convertirían en ornamentos decorativos no solamente en las casas de los viajeros

y comerciantes sino también en las casas de las clases medias y altas británicas. Por lo tanto, las tierras extranjeras, sus objetos y sus gentes fueron presentadas a las jóvenes y futuras viajeras como un mundo exótico fuera de su alcance. En esos ambientes llenos de curiosidades transcurrieron la infancia y adolescencia de la inmensa mayoría de las viajeras victorianas. La presencia de esa naturaleza les hizo ver las cosas de otro modo. Sus objetos las sedujeron; les inspiraron su imaginación. Mary Kingsley estaba rodeada de objetos africanos y fabricó sus sueños aventureros con la lectura de libros de viajes y cuentos de tierras extrañas de la biblioteca de su padre. Algo similar le sucedió a Marianne North, como veremos más adelante. A la vez, anhelaban la libertad de movimiento que sus familiares masculinos tenían para disfrutarlos, tanto dentro de casa como en el extranjero.

La mayoría hizo sus desplazamientos sin compañía. Para ellas, viajar de esa manera al extranjero fue en parte un medio de expresar su independencia. Sin embargo, el costo social era alto, con frecuencia se consideraba una actividad nada femenina o fuera del papel que le tocaba jugar en la sociedad. Si bien es verdad que el viaje femenino se vio favorecido por la gradual pérdida de restricciones sobre los movimientos de las mujeres, ampliándose de esa manera para ellas su campo de actividades, el prejuicio masculino sobre las viajeras, aunque menos punitivo que en décadas anteriores, aún se manifestaba en la sociedad. Las formas de vida victoriana se manifestaban, sobre todo, en un puritanismo exacerbado sobre las ideas éticas y sexuales, en una singular concepción de la sexualidad, que para la mujer no tenía lugar sino dentro del matrimonio. Ellos eran los que podían viajar solos, mientras que el rígido código moral de los victorianos no les permitía ver con buenos ojos a las *ladies*, o a jóvenes solteras, viajando por su propia cuenta al extranjero. Es ilustrativa la dificultad que las mujeres exploradoras tuvieron para ganar la aceptación oficial por la *Royal Geographical Society*. No

fue hasta 1892 cuando algunas de las más notables viajeras (Isabelle Bird, Kate Marsden y Mary French Sheldon) fueron admitidas como miembros. Aunque no fue tan duro en las sociedades científicas, hasta la *Royal Society* de Londres, tenía sus reparos, pues no podían ser socias de derecho.

Pero no sucedió lo mismo con la botánica. En el siglo XVIII y, sobre todo, en el siglo XIX, se difunde la idea de que la botánica era una ciencia apropiada para el sexo femenino. A medida que aumentaba su popularidad, la botánica se convirtió en la diversión predilecta entre las damas. Dada la aceptación y la popularidad del tema, no era sorprendente que las sociedades botánicas fueran menos discriminatorias con las mujeres que otras sociedades científicas. Cuando se fundó en 1836 la *Botanic Society* de Londres, alrededor del 10% de sus miembros eran mujeres, y fue la primera sociedad científica que alentó activamente su participación. Eran también los tiempos en que la ausencia de la fotografía hacía esencial tener dibujos, lienzos,

grabados y acuarelas para distinguir las flores, árboles, frutas y demás especies vegetales de todos los confines de la tierra. Tanto los naturalistas como los horticultores necesitaban dibujantes y pintores que se ocuparan de la ilustración botánica. Algunos de esos ilustradores de la naturaleza fueron mujeres. El fenómeno no se dio exclusivamente en Inglaterra sino también en el resto de Europa. Madeleine Frances Basseport (1701-1780) fue pintora asalariada de los Jardines Reales de Francia; Mary Granville Delany (1700-1788) realizó diez tomos de flores de papel; Anne Pratt (1806-1893) publicó unas quince obras de botánica; Elizabeth Twining (1805-1889) hizo numerosos dibujos botánicos, etc.

Es en este contexto histórico cuando aparece Marianne North. Cuando nos acercamos a su vida vemos como influyó en su sensibilidad los objetos extraños que su padre, Frederick North, había traído de sus viajes a Oriente. También facilitaba empleadas del hogar desde las colonias para trabajar en Hastings. Pero por otro



El Teide de Tenerife, Marianne North. Marianne North's Gallery en Kew Gardens. Londres.



Rosa Cherokee. Marianne North's. Marianne North Gallery en Kew Gardens. Londres.

lado, y aquí Marianne North fue una persona muy afortunada, ya que su casa fue frecuentada por muchos destacados botánicos y naturalistas de la época. Por ejemplo Francis Galton, naturalista y antropólogo importante por sus estudios sobre la inteligencia humana, Sir Edward Sabine, director de la *Royal Society* de Londres desde 1861 hasta 1871, Sir Joseph Hooker, destacado botánico inglés y director de la misma sociedad hasta 1885, Erskine May, noble intelectual de origen escocés y destacado abogado del Estado, hasta Edward Lear, famoso paisajista y poeta del absurdo, que en una ocasión la llevó, aún joven, a visitar Kew, donde Sir Will-

iam Hooker, padre de Joseph, le dio un ramo flores de la *Amberstia Nobilis*.

Marianne North nació el 24 de octubre de 1830 en Hastings, un puerto de pescadores hasta que los baños de mar lo pusieron de moda en el siglo XVIII. A pesar de eso, siguió siendo un activo puerto pesquero. Su padre, Frederick North, descendiente de una familia destacada de la zona, fue un hombre interesado por la política activa, la cual tuvo que interrumpir en 1832 por problemas de salud. Su madre, Janet, una mujer guapa y viuda de Robert Shuttleworth de Gawthorpe Hall (Lancashire), era hija de Sir John Marjoribanks, miembro del Parlamento por Berwickshire.

Aunque Marianne North fue a la escuela, recibió poca educación escolar. Su auténtico aprendizaje intelectual consistió en lecciones de canto y música. Pero sus escasas cualidades musicales la obligan a aprender por su cuenta pintura. Después de una estancia en el continente europeo (1847-1850), tomó lecciones de pintura de flores de la holandesa van Fowinkel y de la pintora Valentine Bartholomew. Su padre de nuevo en la política fue elegido miembro de la Cámara de los Comunes por el Partido Liberal. Frederick, con su familia, se trasladó a Londres, donde alquila un piso en Victoria Street para poder desempeñar mejor su cargo de parlamentario. Al año siguiente, 1855, murió su esposa.

Marianne North estaba al cuidado de sus padres. Su vida transcurría encerrada entre los límites de la vida doméstica. Después de la muerte de su madre hace una serie de viajes por Europa acompañando a su padre. Son los años que visita Austria, Italia, Turquía, Grecia, España, Líbano, Egipto, etc. Ningún detalle de la flora y el paisaje de los lugares que visitaba escapaban a su atención. A la vez, son los años que Marianne toma clases de pintura. Pero el contacto con algunos de los más relevantes naturalistas del momento y su pasión por la botánica hizo que Marianne estudiara concienzudamente los árboles y las flores que pintaba y

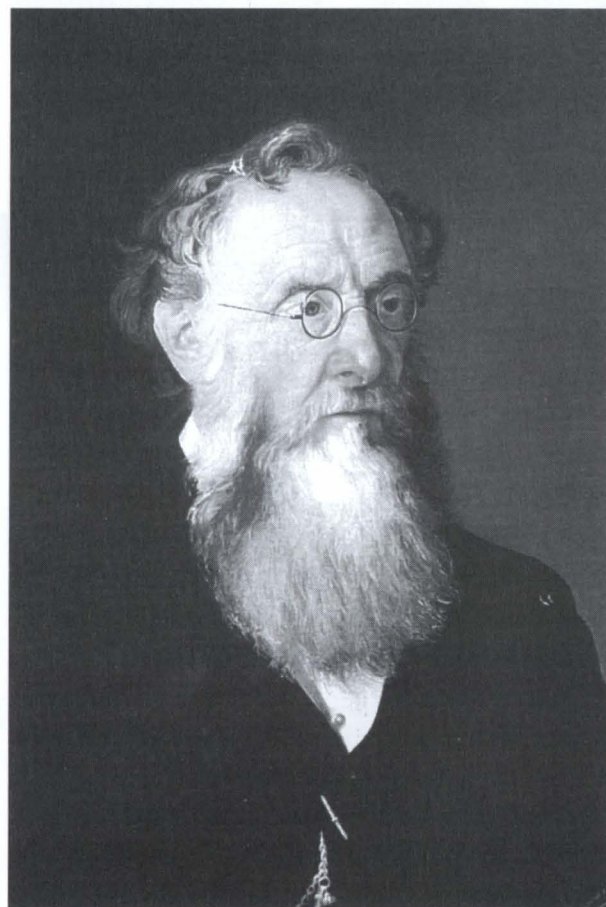
cultivaba en su jardín. El estudio en profundidad de la flora fue una característica de su pintura.

Frederick North fue reelegido en 1868, pero su salud estaba muy mal y murió el 29 de octubre de 1869. Tras su muerte, Marianne, con 41 años de edad, entra en una profunda tristeza y escribe a un amigo: “Él estaba demasiado delicado para soportar los rudos modos de este mundo. Está bien que él esté descansando eternamente. Pero para nosotros el disgusto es muy grande, y para mí, todo parece perdido. Así pues, dejaré Inglaterra tan pronto pueda”.

Ella no tardó en cumplir su promesa. Dejó la casa de Hasting para siempre y se puso en movimiento más allá de tierras europeas. De ese modo, en 1871 realiza su primer viaje a través del océano rumbo a Jamaica y Brasil vía Canadá y los Estados Unidos. No había vegetación tropical en la América del Norte, pero Canadá le ofreció las cataratas del Niágara y los Estados Unidos la Casa Blanca, la cual visitó. Fue en Brasil donde se encontró por primera vez con las mayores incomodidades que cualquier viajero podía padecer para realizar un viaje: desplazamientos en trenes y carruajes atiborrados de gentes, en muchas ocasiones sobre una mula y a veces empapada de agua por las lluvias. Regresó a Inglaterra en septiembre de 1873.

El invierno de 1874-75 fue uno de los más duros del último cuarto del siglo en su país natal. Ni las estufas de carbón de la capital del Imperio, Londres, evitaban que el frío se filtrara por las casas como el polvo por las rendijas de puertas y ventanas. Allí se encontraba la residencia de Marianne North. Era una mujer tremendamente friolera que cada vez que podía evitaba el frío allí donde se encontrara. Fue, pues, en ese momento cuando decidió trasladarse a un lugar cálido, donde pudiera combatir mejor el insoportable clima invernal de su país. Se lo comentó a sus amigos y uno de ellos, Sir Joseph Hooker, le sugiere que viaje a Tenerife. El mismo Hooker le entregó una carta de recomen-

dación para Herman Wildpret, director del Jardín Botánico de La Paz y Charles Piazzi Smyth le facilitó otra para Charles Smith, propietario de Sitio Litre. Para realizar sus viajes, Marianne obtenía de sus amigos muchas cartas de recomendación dirigidas a personas destacadas en los lugares a donde viajaba. A su vez, éstas le daban cartas dirigidas a otros y así el viaje podía realizarlo en mejores condiciones. Los viajeros normalmente realizaban sus excursiones al extranjero con cartas de recomendación, pues les permitían ponerse en contacto con las personalidades del lugar. Pocos viajeros británicos emprendían salida al extranjero sin ellas, sobre todo si eran mujeres. De ese modo, aunque pernoctaban en hoteles y fondas, con frecuencia se alojaban en las viviendas de los residentes destinatarios de las cartas o de amigos de és-



Carlos Smith. Óleo sobre lienzo. 70 x 54,5 cm. Colección particular. Puerto de la Cruz (Tenerife). Del libro Marcos Baeza, Carmelo Vega. Consejería de Cultura y Deportes. 1992.

tos. Marianne North era por entonces una experta viajera. Así pues, determinó, como ella misma afirmó, “seguir el sol hacia Tenerife”.

El 1 de enero de 1875 Marianne North y su amiga Mary Ewart parten juntas hacia Tenerife. Después de una escala en Madeira, desembarcaron en el muelle de Santa Cruz la mañana del 13 de enero de 1875. Ese mismo día, ambas se dirigieron a la Villa de La Orotava. Su amiga permaneció por espacio de 15 días, regresando a Inglaterra a finales de enero. Marianne permaneció un mes en el pueblo. Se alojó en el hotel o fonda Teide (conocido más tarde como hotel Suizo). El hotel había sido instalado por el italiano Luis Fumagallo Gallo.

El 17 de febrero se trasladó al Puerto de la Cruz, alojándose en la casa de Charles Smith, Sitio Litre, antigua residencia de Archivald y James Little, comerciantes de origen escocés, que vinieron a las islas para incorporarse como socios en la compañía de exportación que tenía su tío, John Pasley, en el Puerto de la Cruz.

Marianne North visitó Las Cañadas en compañía de Charles Smith y los más encantadores jardines del valle de La Orotava, Los Realejos, San Juan de la Rambla, Garachico, Icod, etc. Especial significación tuvo para ella la Rambla de Castro, la cual visitó acompañado de Herman Wildpret. Fue tanto lo que le fascinó el lugar que permaneció tres días. Desde tiempos inmemoriales el paraje natural de la Rambla de Castro había sido lugar de visita de un gran número de viajeros. Sin embargo, el jardín que más le cautivó por la gran variedad de flores que había en él fue el de Sitio Litre. Charles Smith siempre tuvo un gran interés en las plantas canarias. Marianne usaba este lugar encantador, como su cuartel general mientras estaba en Tenerife. No puedo dejar de mencionar la descripción del jardín y sus alrededores hecha por Marianne North:

Había árboles de Arrayán de 10 o 12 pies de altura, buganvillas trepando los Cipreses y enormes Azucenas blancas de Longifolio, tan altas como yo.

La tierra era blanca, cubierta de pétalos de color naranja-limon; y las grandes Rosas blancas de Cherokee, cubrían un gran cenador, y la casita del jardinero contaba también con magníficas flores. Nunca he oído Rosas tan dulces que aquellas en ese jardín. Sobresalía el Teide nevado dominando todo al amanecer y en la puesta de sol, pero aún más deslustrante bajo la luz de la luna. Del jardín, yo podía subir colinas salvajes de lava, donde el Señor Smith había permitido a la vegetación natural de la isla hacer lo que quería (magníficos Aloes, Cactus, Euphorbias, Arumes, Cinerarias, Sedumes, Brezos y otras plantas peculiares se mostraban con toda su belleza). Los Eucaliptos estaban plantados en la parte alta y les iba muy bien, con su corteza colgada en trozos y piezas. No podía salir sin encontrar alguna nueva maravilla para pintar. Viví una vida con la más perfecta tranquilidad y felicidad. Obtuve fuerzas cada día de mis amables amigos.”

Pero allá donde se trasladaba Marianne North llevaba sus pinceles y paleta, de tal manera que, lo que en un principio era un viaje turístico, se tornó en una visita destacada, pues supo captar con su paleta las especies vegetales más características y fijarlas en uno de los jardines más emblemáticos del mundo, *The Royal Botanic Gardens de Kew* en Londres. La mano decidida de esta mujer se hace patente al constatar que sus cuadros fueron pintados con el propósito de despertar una admiración por la vegetación y flores de nuestra naturaleza entre las gentes. Nos encontramos, pues, ante una encantadora mujer victoriana arropada por una notable cultura botánica y capaz de expresarla con gran agudeza a través de la pintura. Despreciaba las normas de composición y del dibujo lineal y pintaba, como lo haría una chiquilla lista, todo lo que le parecía bello de la naturaleza, según Alexandra Allen. Algunas especies vegetales le impactaron por su singularidad. En primer lugar, el drago (*Dracaena Draco*), de los que pinta cinco; el de San Juan de la Rambla que ya no existe; los de Sitio Litre, uno de los cuales aún nos contempla con su mirada



Grupo de flores. Marianne North. Marianne North's Gallery en Kew Gardens. Londres.

añeja; otro en Santa Cruz; el de Icod, desde lo lejos; y otro con las gruesas raíces aéreas vistas por Marianne como torrentes de lava. En segundo lugar, el cactus, en sus variedades de *Opuntia Dillenii*, *Nopalca coccinellifera* y la *Opuntia coccinellifera*, las cuales representa en un ramillete de flores, en su hábitat natural—sobre él pinta el higo en flor, el higo maduro para comer y los granos de la cochinilla—; y un campo de cochinilla cubierta de lino blanco. Y por último, la Palmera, tanto la Palmera datilera (*Phoenix dactylifera*) como la Palmera datilera canaria (*P. canariensis*), en todo su esplendor y pintada desde el patio trasero de Sitio Litre: cargada de dátiles, frondosa y a la vez, llena de nuevos brotes. Al fondo, colocó el Puerto de la Cruz.

También están representadas en los cuadros de Marianne North la Granada (*Punica granatum*); la Campanula canaria (*Canarina campanulata*); la *Ioichroma azul* (*Ioichroma violacea*); el Aloe

común de Barbados (*Aloe vera*); el Cardón (*Euphorbia canariensis*); Siempreviva mayor (*Sempervivum holochrysum*); Aloe americano (*Agave americana*); el Llantén de Abisinia (*Musa ensete*); el Tajinaste (*Echium simplex*); el Aro canario (*Draunculus canariensis*); Cineraria salvaje (*Cineraria cruenta*); Frutas y flores del Naranja (*Citrus aurantium*); la Rosa de Cherokee (*Rosa laevigata*); Junco de cesta (*Arundo Donax*); Brezo (*Erica arborea*); el Pino canario (*Pinus canariensis*); etc.

La hospitalidad que encontró en la isla fue bastante grande. Siempre se sintió acompañada. Charles Smith la llevó a Las Cañadas, aunque no subió el Teide. Herman Wildpret le acompañó a visitar los jardines más importantes de la comarca. El III Marqués de Santa Lucía, Fernando de León-Huerta y Salazar de Frías le enseñó todos los rincones de Icod y alrededores. La hija de los marqueses de La Florida, Elena Benítez de Lugo y Benítez de Lugo, le acompañó a visitar las familias distinguidas de La Orotava. Incluso la invitó a que se quedara en su casa por más tiempo. Pero Marianne aún tenía mucho mundo por recorrer. A los tres meses de estancia en el norte de la isla, se traslada a Santa Cruz unos días hasta que abandonó Tenerife el 29 de abril en el vapor *Etiopía*. A su regreso a Londres, el 8 de mayo, disfrutó con sus amigos contándoles la experiencia vivida y preparando su próximo viaje.

En agosto de 1875 comienza un viaje alrededor del mundo. Primero sería California, Japón y Singapur. En 1876 alcanzó Borneo, Java y Ceilán, regresando a Inglaterra en marzo de 1877. El 10 de septiembre de ese año, 1877, dejó el puerto de Southampton con destino a la India, visitando Madurai, Agra, Darjeeling, y muchos otros lugares hasta alcanzar el Himalaya. Su objetivo, entre otros, era crear una colección de cuadros de plantas sagradas existentes en la literatura y la religión de la India. Pintó el árbol del coral de la India, el frangipani o frangipangi; el jazmín de noche; el mango; la asoka, la datura blanca, etc.

Regresó de la India en marzo de 1879. Ma-

rienne North decide exponer por primera vez. Expuso quinientas de sus pinturas en el museo de Kensington. La colección de pinturas de esos lugares exóticos atraía ahora a un gran número de visitantes. Pero el lugar de exposición era pequeño. Marianne decide buscar un lugar adecuado para exhibirlas en mejores condiciones durante el verano de 1879. Es entonces cuando ella ofreció sus pinturas a los Jardines Botánicos en Kew. En agosto de 1879 le escribe a Sir Joseph Hooker y le ofrece sus pinturas a cambio de que sean expuestas en una galería. La respuesta fue positiva. El constructor de la galería sería su amigo y arquitecto James Fergusson.

Pero aún no estaba representada la flora de muchos lugares. El naturalista Charles Darwin le pidió personalmente que no intentara dar por concluida su representación de la vegetación

hasta que no hubiera visto y pintado la flora de Australia, tan diferente a la del resto del mundo. Le sugiere que debería viajar a Australia y pintarla. Marianne North lo tomó como una orden de estado y partió inmediatamente. Regresó a Inglaterra el 13 de junio de 1881. Los originales se los entregó al naturalista para su observación. Un día de verano ella fue a visitar a Charles Darwin. Darwin apenas salía de su casa, pasaba la mayor parte del tiempo paseando por los límites domésticos, dedicado a su mujer y sus hijos. Parecía muy feliz hablándoles, a la vez que contemplaba la colección de cuadros de la vegetación australiana pintados por Marianne North. La amistad de Marianne con Darwin fue muy grande. De él dijo:

Era a mis ojos el hombre más grande de los vivos, el más entero, también el más generoso y modes-



Mount House, Alderley, Gloucestershire, donde pasó los últimos años de su vida, pintada por Marianne North.

to, siempre intentando dar a los demás el crédito de sus propios pensamientos y trabajos. Parecía tener el poder—continúa relatando— de las mejores cualidades de la gente por el mero contacto con su propia superioridad.

La galería en Kew estaba esperando sus pinturas para que pudieran ser exhibidas en el momento de su apertura. La *Marianne North Gallery* se abrió al público el 9 de julio de 1882. En un mes se vendieron las 2.000 copias del catálogo.

Todos los continentes tenían su representación en la galería de Kew, excepto África. Marianne que había ordenado sus pinturas por continentes vio la necesidad de trasladarse al continente negro para conseguir su vegetación. En agosto de 1882 dejó el puerto de Dartmouth a bordo del barco *Grantully Castle*, famoso por haber llevado al Primer Ministro Gladstone en crucero para restaurar su salud. En junio de 1883 estaba de regreso para incorporar sus nuevos cuadros a la galería.

A partir en septiembre de 1883 vuelve a viajar, esta vez para las islas Seychelles con el objeto de pintar una de las más famosas palmeras, la *Lodoicea maldivica*. Todos los árboles más grandes del mundo estaban representados en su galería, exceptuando la *Araucaria imbricata*, que se encontraba en Chile. Marianne prepara su partida en agosto de 1884 para Valparaíso con el objeto de pintarla. Sería su último viaje.

Así era Marianne North. Allí donde se encontraba la especie vegetal se trasladaba para inmortalizarla en su pintura. Padecía de reumatismo, y el frío y la humedad le hacían bastante daño, afectándole a la cabeza (le provocaban intensos dolores) y a la boca. A lo largo de su vida fue padeciendo enfermedades y resintiéndose de su salud por los distintos lugares que visitaba. En Japón, la malaria reumatoza; en Agra (la India) sufrió de deshidratación; en las islas Seychelles de agotamiento nervioso. Sin embargo, eran sufrimientos privados que llevaba con coraje y silenciosamente. Tal vez por eso a Marianne le gustaba pasar las jornadas en

silencio, a solas con la naturaleza, transformando la obra pictórica en el reflejo de su propia sensibilidad e interioridad. Nada en su vida se interpuso a su objetivo: viajar para pintar la naturaleza de los árboles y flores en su hábitat natural. Su interés principal era la distribución geográfica de las plantas. Descubrió cinco especies, de las cuales cuatro fueron descritas e introducidas por ella para el conocimiento de Europa: la *Northea seychelliana*, la *Crinum northianum*, la *Areca northiana* y la *Kniphofia northiana*. Sir Joseph Hooker había de dar su nombre a la quinta, la *Nepenthes northiana*.

Marianne pasó los últimos meses de su vida en una casa en Alderley (Gloucestershire), donde pudo vivir una vida tranquila dedicada a su propio jardín. En su nueva casa hizo cierta vida social. Recibía las visitas de muchos amigos que se acercaban para saludarla y compartir con ella el amor por las plantas y flores. Asa Gray, Sir Joseph Hooker, y muchos otros botánicos fueron asiduos huéspedes de una de las mujeres victorianas más respetadas por su amor a la naturaleza.

Pero era evidente que le quedaba poco tiempo de vida. Padecía de reuma y otras dolencias que le producían muchos dolores. Murió el 30 de agosto de 1890 y fue enterrada al día siguiente en el cementerio de Alderley.

Poco después de su muerte, su hermana Catherine Symonds comenzó a recopilar las notas sueltas escritas por Marianne con el objeto de publicarlas. Le ayudaron los inseparables amigos de Marianne. Sir Joseph Hooker, Francis Galton y Sir Botting Hemsley, encargado del Herbario de los *Royal Gardens Kew*, se ocuparon de corregir el texto. El primero también se ocupó de negociar con la editorial MacMillan para su publicación. En 1893 las notas se verían publicadas bajo el título de *Recollections of A Happy Liffe* (“Recuerdos de una vida feliz”).

Me gustaría terminar esta pequeña semblanza de Marianne North con un párrafo escrito por Sir Josep Hooker en el prefacio del catálogo original, dado la actualidad del mismo, con

la esperanza que despierte la conciencia por el respeto a la naturaleza en todos nosotros y que refleje la importancia de la pintura del paisaje en general y de la obra de Marianne North en particular:

Cuantos hábitats ya están desapareciendo o están condenados a desaparecer a causa del hacha o de los fuegos forestales, del arado o de los rebaños, del avance de las poblaciones y de los colonos. Tales paisajes nunca podrán ser renovados por la naturaleza y cuando sean borrados de los ojos de la memoria, sólo podrán ser recordados por estas obras.

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

- Birkett, D. *Spinsters Abroad. Victorian Lady Explorers*. Basil Blavwell. London, 1989.
- Dickins. *Marianne North. Cornhill Magazine*. N° 1031. 1962.
- García Pérez, J.L. *Marianne North. Tenerife en un rincón londinense*. Santa Cruz. Tenerife, 1994.
- *Viajeros ingleses en Canarias*. Santa Cruz de Tenerife. 1988.
- González Lemus, N. *Las Islas de la ilusión. Británicos en Tenerife, 1850-1900*. Las Palmas de Gran Canaria. 1995.
- *Viajeros victorianos en Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria, 1997.
- Middleton, D. *Victorian Lady Travellers*. 2 vols. Roudledge. London, 1965.
- North, M. *Recollections of a Happy Life*. MacMillan. London, 1892.
- *Some further Recollections of a Happy Life*. Edward Arnold, 1986.
- *A Visión of Eden: the life and work of Marianne North*. Kew. London, 1980.
- Ponsonby, L. *Marianne North at Kew Gardens*. (Webb and Bower. London, 1990.
- Royal Gardens, Kew. Official guide to the North Gallery. “The Gallery of Marianne North’s paintings of plants and their homes..... by W. Botting Hemsley. London, 1914.